

ROSAL DE LA FRONTERA EN LA POSGUERRA. CONTRABANDO DE HAMBRE

Augusto Thassio
Profesor y escritor

Todas las guerras, por pequeñas que sean (incluidas las individuales) son terribles; pero ninguna como las guerras civiles, en las que el odio, la impiedad, el revanchismo se vuelven contra la propia sangre, desgarrando los vínculos de aquellos que, inmersos en el torbellino de la violencia, no pueden evitar ser arrastrados hacia uno u otro de los extremos. Aún hoy nos duele el horror de nuestra guerra civil, transmitido, oralmente, de padres a hijos, porque, pasada la euforia de la «victoria», y sin contar los muertos en contiendas, el panorama no podía ser más desolador: decenas de millares de personas ejecutadas, 270.000 detenidos (sin enumerar los que sufrían igual suerte en batallones de trabajadores), más de 300.000 exiliados, 7.000 maestros presos, y cientos de miles de españoles desplazados... Según Francisco Espinosa Maestre, en Rosal «sólo en 1936 debieron morir 150 personas, que unidas a otras 100 que fueron fusiladas en 1937, suman las 250 que la tradición oral mantiene».

Y, después del horror, el hambre; y con el hambre, más horrores empujados por la desesperación y la impotencia. Sinceramente, creo que MISERIA es la palabra que define perfectamente la situación que la sociedad española vivió en los años de la posguerra. Tal como señala Perpiña: «En 1940, al año siguiente de finalizar la guerra civil, la renta nacional había descendido al nivel de veinte años antes (1920-1921) y la renta por cabeza al bajo nivel de principios de siglo». Todo un retroceso económico sin precedentes.

En medio de este desolador panorama, surge la idea de la autarquía, idea totalmente utópica, dada la dificultad de recuperación y el agotamiento humano y económico del país ante un horizonte internacional cada vez más incierto y amenazador, propiciando la política proteccionista que, como la del trigo y el aceite, beneficiaba a los terratenientes y muy poco a

los pequeños propietarios; política cuyo objetivo apuntaba a convertir al Estado en el único comprador de ambas producciones agrícolas.

Un claro ejemplo de este despropósito lo encontramos en Rosal de la Frontera, donde la mitad de su población vivía diseminada, en pequeñas chozas, en el Baldío, terrenos propiedad del ayuntamiento, en el que cada familia disponía de unas cuantas fanegas para sembrar y recolectar cereales. Así que, como estaba prohibido almacenar y moler el trigo en casa, algunos agricultores rosaleños se construían, en su propia habitación, junto a la cama, un pequeño silo, hecho de cemento y cal, perfectamente camuflado, donde guardaban mínimas cantidades de granos que molían sigilosamente, amparados en la quietud de la noche, y conseguir la harina necesaria para amasar unos panecillos, que eran devorados con verdadera ansia. Igual ocurría con el aceite. Los vecinos aprovechaban la Toba, o cualquier otro riachuelo, para lavar las aceitunas machacadas clandestinamente; las metían en un calcetín o una media, las dejaban fermentar y después las «estrujaban», una y otra vez, hasta conseguir un poco de aceite y algo más de orujo. Siempre con el miedo de que el agua no corriera lo suficiente y no se llevara lejos el alpechín y quedaran delatados...

La diferencia entre precios y salarios era abismal. Aguilar calculaba que en 1949, con el sueldo medio de un obrero o empleado modesto de entonces, a los precios oficiales, sólo podían comer pan y lechuga. El hambre era tal, que las personas se disputaban la comida con los animales domésticos, robándoles, a los burros, los higos secos que comían mezclados con paja. En Rosal, murieron dos personas, reventadas por hartarse de yerba, ya que los dueños de las distintas fincas, contrataban a guardias civiles, incluso de Cortegana, para que nadie se atreviera a recoger del suelo ni una sola bellota; si alguno era cogido dentro de la finca, le pegaban palos hasta dejarlo por muerto, recibiendo el mismo castigo por dos puñados de bellotas que por dos sacas. A unos muchachos, por coger una canasta de higos en una finca particular, los encerraron en la prisión de Rosal durante 11 días, siendo posteriormente trasladados a la cárcel de Huelva, donde cumplieron 5 días más.

En estas circunstancias, eran muchos los que cruzaban la «raya» para mendigar un pedazo de pan en los pueblos portugueses, como un grupo de niñas, de edades comprendidas entre 8 y 11 años, que acostumbraban ir hasta Sobral o Ficalho; naturalmente, cuando encontraban un huerto, lo

arrasaban. «En el fondo (me contó una señora) íbamos a mendigar por las calles, y nos daban un poco de arroz, unos garbanzos, un pedazo de pan. Y es que, la mayoría de nosotras no teníamos padres y, a nuestras madres casi no las veíamos, siempre por esos caminos del contrabando o de la cárcel... Uno de los días más tristes para todas nosotras fue cuando los guardinhas nos detuvieron, hartos de mendigos, y nos metieron en la cárcel de Sobral, en una habitación. Nos juntamos allí más de treinta. ¡Cómo llorábamos abrazadas unas a otras! Y allí nos tuvieron encerradas hasta bien entrada la noche...».

Otra señora me contó: «Mi hermano y yo éramos muy pequeños, y nos quedábamos solos en casa. Mi padre había muerto y mi madre era contrabandista. Cuando mamá tardaba más de la cuenta, porque estaba escondida o presa, abríamos una almohada que estaba rellena de lana de borreguito; hacíamos pelotitas y, tras pasarlas por harina, las freíamos en la sartén; la lana se «churruscaba» y nos las comíamos como si fueran las actuales palomitas de maíz. Para que mi madre no se diera cuenta y nos regañara, por dejarla casi sin lana, cada día cerrábamos la almohada... Era terrible...».

Sí, realmente terrible, porque si los años 39 – 40 fueron malos, desde el 40 al 50 fueron «criminales», una década en la que vivir se convirtió en maldición. Según Dionisio Ridrielo «llegado un cierto momento, la implicación del sistema de estraperlo alcanzó una vastedad enorme. Todo el mundo estaba en el ajo y estar, poder estar en el ajo, era la aspiración de la mayoría. Alcanzar a vivir, para los más pobres, y acumular grandes fortunas, para los más ricos, llegó a ser una ocupación tan absorbente que no quedaba espacio para nada más». La vida de los rosaleños, durante esta época, estuvo presidida por el racionamiento, el hambre, las necesidades más precarias y... el contrabando.

Tras conocer la sinceridad de sus confidencias, quiero dedicar el presente trabajo a todos los rosaleños, en especial a las mujeres, que cada noche arriesgaban la vida sin importarles cárcel, sufrimientos, cansancio, persecuciones, engaños, mil peligros e, incluso, el ultraje, tan sólo para dar de comer a sus hijos... Con admiración les he oído y, con la misma admiración, plasmo sus testimonios.

La situación del contrabandista era pan con sangre; sangre de sus

hombros y pies doloridos; sangre de heridas a causa de los tiros y las piedras; sangre de temores y sobresaltos; sangre de esclavos de la subsistencia. Se jugaban la vida y, a veces, con sangre lo pagaban, puesto que hubo muchos heridos, e incluso muertos, en Valdevargo, Sobral, Ficalho, Beja, Rosal... Y siempre la sangre. Y el sufrimiento. Y el peligro. Y el miedo mal disimulado... Aunque, el verdadero temor no estaba en los tiros o en la pérdida de la carga, si no en que los detuvieran y los llevaran, de cárcel en cárcel, hasta la prisión provincial de Huelva.

Carentes de todo, recurrían a las tiendas del pueblo, como la de Peñalver, Vicente «El Pelao», Banda, Vinto... para que les fiaran aquellos artículos que los portugueses les habían encargado. Y les fiaban, con la seguridad de que no perderían el dinero, puesto que, triplicado su valor, regresaban a Rosal, hacían el cambio de escudo a peseta y pagaban, casi religiosamente, sus deudas. Los artículos que pasaban a Portugal (encargados especialmente por mujeres) fomentando una auténtica industria sumergida, eran: panas en piezas y pantalones de pana, mantones de Manila, cuadros de láminas, collares, sedas, paños de camilla, hules, navajas, pucheros, tazas y platos de barro cortegánés, gurumelos, piezas de telas vistosas como terciopelo, sartenes, pañuelos de cabeza, medallas, tollos que traían de Huelva, cuchillas de afeitar, saetines para los zapateros, cobertores y mantas, toallas, colonia, trajes de novia, combinaciones y ropa interior... incluso municiones. También, y dado que las huertas estaban todas sembradas y las cosechas eran más tempranas que en Portugal, llevaban tabales llenos de tomates, pimientos, pepinos, habichuelas, ajos, cebollas... Después, cuando daban fruto las cosechas portuguesas, se traían los mismos productos, pero con unos cuantos kg. de café camuflados entre ellos. Había quienes sólo compraban pan, a pesar de que no era de muy buena calidad. Un pan portugués costaba, desde 7 perras chicas (0'75 céntimos) hasta 3 perras gordas (30 céntimos) según el peso.

«Yo iba (me contó un rosaleño) a buscar panes por el camino de Cabezas Altas, por la Majá del Lobo, en el Galindo y dirección a Sobral. Había controles al entrar y al salir de Portugal, pero nosotros temíamos más a los carabineros que a los guardinhas. Salía por la mañana, llevando, por ejemplo, 8 Kg de tomates y cambiaba cada Kg. por un pan. Al día siguiente, en vez de tomates llevaba ajos, y hacía la misma operación, un kilo de ajos, un pan... En Portugal tenían más consideración con nosotros, ya que si nos cogían con 8 panes sólo nos quitaban 3 panes, y en Rosal, si

nos cogían, nos los quitaban todos. El pan no era muy bueno (reconocía) tenía un sabor como a cebada molida... En casa nos quedábamos con uno o dos y el resto lo vendía por las calles del pueblo, siempre con el mayor cuidado del mundo, para que no me lo requisaran... Yo tenía 15 años...».

Ser valientes, astutos, osados, temerarios, era una obligación para ellos y, sin embargo, siempre iban acompañados por el miedo. Miedo de saberse desprotegidos, en manos de la suerte, sospechando de cualquier ruido, de cualquier sombra que, en multitud de ocasiones, resultaba ser un risco, un animal, un árbol retorcido... Miedo amigo y enemigo, a pesar de la valentía y arrojo que debían de tener para cruzar varias veces la «raya», en una sola jornada, bajo la amenaza de disparos y detenciones.

«Era una vida arrastrada la que llevábamos la mayoría del pueblo. A veces, se me rompía una alpargata y tenía que amarrármela con la gorra que llevaba, porque era imposible caminar descalzo... Era una vida de esclavos, pero teníamos que sacar el ingenio de donde fuera. Así que, aprovechando la llegada de la Virgen de Fátima a España, se hicieron unas medallas con su imagen; eran unas medallas de muy mala calidad, creo que de chapa, y costaban 2 pesetas cada una. Me las llevé a Portugal y las iba cambiando por pan... ¡Me las quitaban de las manos!, hasta el punto de reunir, en un momento, más de 16 panes. Volví feliz, aunque cargado como un mulo y, para que no me los quitaran los carabineros, fui dejando panes en cortijos conocidos, para recogerlos después poco a poco. Pero el negocio pronto se vino a bajo, puesto que los portugueses, saturados de medallas, ya no las querían ver ni en pintura... Y, claro, tuve que cambiar de género. Entonces, me dio por llevar collares de cuentas de plástico; si el collar era de dos vueltas, lo cambiaba por 5 panes, pero si era de tres vueltas pedía 8 panes... Un día cuando, vendiéndolos o cambiándolos, cruzaba una calle de Sobral, me llamó una señora, aparentemente muy interesada y, al llegar a su puerta, me hizo entrar; entonces, se presentó el marido, que era guardinha, y me quitó todo lo que llevaba».

No todo el pueblo se solidarizó con la desgracia de los españoles; algunos individuos, ahondando en la miseria, les engañaban sin ninguna clase de escrúpulos. La mayoría de los guardinhas, aunque también los había con malas entrañas, procuraba justificarse ante sus superiores. Como ejemplo de esta actitud, expongo el testimonio de otro excontrabandista: «Un día fui con tres compañeros a Sobral, siguiendo en paralelo el Cami-

no del Mirlo para salir por la finca de Rafael Maldonado. Íbamos cargados de naranjas, de esas naranjas que sólo comían los ricos; las traían de Sevilla y cada una de ella tenía un sello que decía «Naranja del Carimbo». Tuvi- mos mala suerte. Nada más cruzar la frontera, nos cogieron los guardinhas y, condescendientes, nos dijeron que nos las tenían que quitar pero, que si nos la comíamos, no tendrían que quitarnos nada, porque nada habría. Por supuesto que nos las comimos todas, a punto de reventar».

Sin embargo, esa actitud de comprensión no se daba, salvo en conta- das ocasiones, entre los carabineros. Así me lo relató uno de mis confidentes: «Un día, yendo por las calles de Rosal vendiendo panes, a pesar de toda clase de precauciones, me «enganchó» un carabinero. Llevaba ocho panes. Yo le pedí que comprendiera que mi familia, a igual que la suya, pasaba hambre y necesitaba comer, por lo que apelaba a su consideración y generosidad y se llevara sólo cuatro panes, dejándome a mí los otros cuatro. Me abofeteó y, como respuesta, me llevó a la cárcel, donde permanecí durante dos días».

Aún hoy, los mayores de edad de la población rosaleña, sienten que- mazón de heridas no curadas, a pesar del hierro candente con que fueron selladas. Tal vez, porque no son heridas de cuchillos o balas, y no se en- cuentran localizables en un determinado lugar del cuerpo.

Otro de mis confidentes, me contó: «Yo me dedicaba a traer tabaco portugués, de marca «Duque»; lo liaba y, haciéndolo cigarrillos, lo vendía a perra gorda (10 céntimos) el cigarro. Y era tal la falta de medios, que a los amigos se los daba fiados, entregándome una peseta a final de mes o dos reales (50 céntimos) cada sábado. Un día, al pasar por el Puente del Estanco, donde había una garita, el guardia se asomó, llamándome para pedirme un cigarro. Me acerqué y se lo di, pero cuando tuvo en sus manos el paquetillo, me preguntó si es que no sabía que aquello era contrabando y no podía llevarlo encima. Yo le dije que era para mi consumo, que yo no los vendía... Y una mierda, me respondió; esto es contrabando y se queda aquí. Así que se quedó con los cigarros para fumárselos él, mientras yo echaba humo por los ojos a causa del cabreo y la impotencia».

Pero no todo era, ni es, blanco o negro. Siempre habrá una extensa gama de grises que, afortunadamente, adquieren texturas de bálsamo, ale- jándonos de aquellas imágenes de guardias casi inhumanos que, con el

código metido en la cabeza, actuaban como autómatas, insensibles al sufrimiento ajeno que, normalmente, era su propio sufrimiento, compartido por la mayoría del pueblo. Así me lo atestiguaron: «Una noche venía de Ficalho, tras pasar la frontera por El Galindo y el Camino de Juan Esteban, hasta llegar a la fábrica de Valencia, desde donde me dirigí hasta el corral de mi casa. Eran las cuatro de la madrugada; al saltar la pared, un guardia que estaba allí apostado, me echó manos. Se sorprendió mucho al comprobar que era yo y me dijo que cómo no le había contado que también me dedicaba al contrabando... No pude responderle... Al fijarse en la descomposición de mi cara, me ordenó que me metiera en casa y no contara a nadie que él me había visto. Y no me quitó la mochila, en la que transportaba 35 Kg. de café, Para mí, esa noche se ganó el respeto más grande del mundo, porque demostró tener dos huevos para olvidarse de los reglamentos y pensar en las necesidades que nos empujaban al estraperlo».

Pero los privilegios de algunos no quitaban sufrimientos a los otros. Siempre había alguien más desgraciado que ninguno. Así, como el pan portugués cada vez tenía peor sabor, los rosaleños prefirieron traerse la harina, amasarla y elaborar sus propios panes. Prácticamente, cada casa de Rosal disponía de un horno clandestino y, el pan que se hacía estaba tan rico, que desde Aroche, Cortegana y otros pueblos limítrofes, llegaban para comprar, aunque sólo fuera medio, un cuarto de kilo...

Mas no siempre la paja se transforma en oro. Como ya ha sido expuesto, en ambos lados de la frontera había gente buena y gente de malas entrañas que se ensañaba con el infortunio de los más desdichados, haciéndoles toda clase de fechorías y trampas. Con la harina, les engañaban mezclándosela con cenizas para que pesara más; al cocer la masa, el pan se abría. También le echaban harina de chochos amargos, harina de altramuces, con lo que el pan, una vez cocido, salía del horno «hecho polvo», estropeado. Otras veces, le añadían yeso y, al amasarla, se cuajaba... Este engaño era fácil, ya que la mayoría de las veces, cuando los españoles llegaban en busca de las mochilas ya las tenían preparadas y la trampa hecha. Los 20 kg. de harina costaban en Portugal entre 15 o 16 duros, o sea, entre 75 y 80 pesetas... Y, encima del engaño, la decepción, la desesperación y el miedo. Siempre el miedo.

«Mi madre amasaba diariamente (me contó uno de los entrevistados). Un día, teníamos el cocido en el horno con 34 panes y llegó un

guardia y nos requisó el pan, ordenándonos que no nos atreviéramos a tocarlo. Pero al marcharse, mi madre gritó enérgica «aquí se saca y se vende el pan». Cuando el guardia volvió y encontró el horno vacío, detuvieron a mi madre y se la llevaron a la cárcel de Huelva, donde la encerraron durante más de un mes, dejando a sus hijos desamparados y hambrientos».

Pero si hacer el pan en hornos clandestinos era peligroso, no lo era menos transportar las sacas de harina a través de la sierra, entre tiros de ambos lados, no sólo por parte de las autoridades, sino de desaprensivos saltadores sin ninguna clase de escrúpulos. Así me lo atestiguaron: «Portábamos la harina al Baldío y al Aserrador, donde gente de otros pueblos se acercaban a buscarla; era ya de noche cuando, pasada la frontera, llegamos al sitio donde debíamos recoger las mochilas; entonces, aparecieron dos bultos, que supuse se trataban de nuestros proveedores portugueses. Así, que cogí un costal y les pedí que me metieran dentro las mochilas, que pesaban, aproximadamente, 50kg. Cuando me cargaron el saco sobre los hombros, me apuntaron en las sienes con una pistola, resultando que eran guardinhas. Los comerciantes portugueses se quedaron con el dinero que yo tenía y los guardinhas con la harina. Me llevaron hasta un cortijo y, una vez que ya había salido el sol, me quitaron la navaja y el mechero y me dejaron marchar, los muy canallas».

El hambre era general y todos sufrían las necesidades más precarias, incluso aquellos que disponían de un trozo de tierra para labrar... Precisamente, en el Baldío, y concretamente en Pereriñas, se construyó un cuartel de carabineros, dado su estratégico enclave para combatir el contrabando, ya que desde la Edad Media, era camino obligado de paso, entre españoles y portugueses, que en tiempos de paz utilizaban para asistir a fiestas y romerías. Algunos contrabandistas, confiados en su sangre fría e increíble audacia, cruzaban la frontera casi pegados al cuartel, donde los guardias dormían. Y los portugueses, conocedores de su osadía, se dedicaron a robarles las mochilas, en la misma orilla del Chanza, cerca del Molino del Negro, haciéndose pasar por carabineros; encendían sus linternas y daban el alto. La estampida solía ser total. La cuadrilla portuguesa la componían los mismos que les habían vendido la harina o compinches, los cuales, una vez recuperada la mercancía, volvían a venderla, repartiéndose las ganancias. «A mí me pasó (me contó un rosaleño) y me negué a soltar la mochila. Corrí hasta ocultarme junto al troncón de una encina y, cada

vez que oía acercarse a alguien, abría y cerraba una enorme navaja, de esas que llaman «faca» y tienen un potente muelle, provocando el pánico entre las supuestas «autoridades», descubriendo que, en realidad, se trataba de portugueses desaprensivos que, como buitres, se alimentaban del sufrimiento, del sudor y del comprometido trabajo de los españoles».

Pero no siempre era así. A veces, en el mismo camino encontraban cortijos donde vendían el cargamento de harina, ya fuera por encargo o no. Del mismo modo, lo que sucedía con la harina, ocurría con los garbanzos y el café. En las cuadrillas de los contrabandistas rosaleños, había uno o dos portugueses, a causa de vínculos familiares o de amistad. Estos contrabandistas portugueses, a veces se la jugaban a sus mismos compañeros, bien por presiones de los guardinhas a cambio de su propia libertad, o bien por conseguir unas ganancias extras que necesitaban para cualquier emergencia; y, como conocían perfectamente las rutas seguidas por los españoles y las cargas que llevaban, no tenían problema alguno a la hora de engañarlos o traicionarlos. Como muestra, dos ejemplos que hablan por sí solos: «Veníamos de Valdevaro, cargados con 40 Kg de garbanzos cada uno; éramos cinco, pues el compañero portugués nos había dicho que esa noche no podía acompañarnos, ya que se encontraba algo enfermo. Cuando llegamos cerca del Pozo Tarrete, oímos, muy cercana, la voz de un guardinha dándonos el alto. Cada uno corrimos en direcciones distintas, soltando incluso la carga para poder correr mejor. Yo no la solté y, cuando llegamos a casa, me alumbró una idea. Así, repasando todo lo sucedido y amarrando cabos, llegué a la conclusión de que la voz que oímos del supuesto guardinha era la de nuestro compañero portugués. Al día siguiente fuimos a su casa y, efectivamente, allí tenía escondidos los kilos de garbanzos. Nos pidió disculpas y, de rodillas, se abrazaba a nuestras piernas, rogándonos perdón entre sollozos... La verdad es que íbamos con intención de darle una buena paliza, pero como a las culebras, lo despreciamos sin prestarle más atención. Tras cargarnos las mochilas, nos vinimos».

«A mí me ocurrió algo parecido, pero, para rematar la faena, el portugués venía esa noche con nosotros. En total éramos cinco. Salimos de Ficalho por un descampado, donde actualmente se encuentra el restaurante «Dimas». El portugués se empeñó en ir de guía y seguir, paralelos a la carretera, hasta llegar a la gasolinera de Ficalho, cerca de la aduana portuguesa, donde nos internaríamos por la finca de «La Dehesilla»... No sé por qué, todo aquello me daba «mala espina», así que, a medio camino, le dije

a mis compañeros que cambiábamos de rumbo y nos íbamos sierra arriba... Aquella corazonada nos salvó. Desde allí oímos tiros y reproches de los guardinhas a nuestro compañero portugués, maldiciéndole y preguntándole dónde estaban los españoles que les iba a entregar...»

Los huevos eran otros de los artículos que gozaban de gran aceptación entre los españoles. Por 35 duros (175 pesetas) se podía comprar entre 1300 a 1400 huevos, que traían a España y, tras venderlos y cambiar el dinero en escudos, volvían a Portugal para comprar más. Pero los huevos, dada su fragilidad, ya que se rompían con suma facilidad durante las carreras, se dejaron de traer, sustituyéndolos, como artículo rey, el café.

El kilo de café costaba 3 reales (0'75 pesetas) si estaba crudo, y 1 peseta si estaba tostado. En Rosal, casi todas las casas disponían de tostadores de café, con distintas capacidades, que iban desde los 5 kilos hasta 1 arroba (11 Kg y medio). Su forma era como una hormigonera en pequeño, cuyos extremos descansaban sobre unas crucetas. Así mismo, disponían de manivela para darle vueltas sobre un fuego encendido con madera y corcho. También era tostado en Cortegana y Aroche. Ante este nuevo enfoque, los rosaleños se hicieron especialistas en el contrabando de café, utilizando toda clase de recursos y artimañas.

Desde el año 40 al 51, las alpargatas cambiaron. Al principio eran muy malas y se les rompían cada noche, ya que si se mojaban se les salían los dedos por la tela y, además, continuamente las cintas se les rompían en las carreras, teniendo que continuar descalzos, con lo que ello significaba... Pero, después, consiguieron un calzado especial, ligero, fuerte y silencioso, muy distinto al de los guardinhas, que utilizaban unas botas de cuero que chirriaban como ruedas mal engrasadas, poniendo a los contrabandistas en sobreaviso. Y comenzaron a conocer la sierra palmo a palmo; así, aunque los persiguieran, los españoles eran más rápidos, por su calzado más ligero y, por qué no, porque estaban «chupados» y eran puro músculo.

«A veces, (me contó uno de los más afamados y valientes contrabandistas) llegaba al pueblo a las dos de la madrugada, con 45 Kg de café sobre los hombros y, al descargar, me decían que necesitaban otros 45 Kg porque los tenían encargados. Así que me tomaba un buche de café y una rebanada de pan y, tras fumarle un cigarro, regresaba a Portugal para volver, alrededor de las cinco de la madrugada, con otra carga».

En general solían ir en cuadrillas de cuatro o cinco individuos, yendo uno de guía, delante del grupo, separado del resto en torno a los cincuenta o sesenta metros. Él era el que llevaba menos carga, y si lo cogían o notaba algo raro, avisaba a los demás con silbidos o gritos lastimosos; aunque, a veces, los guardias civiles o guardinhas dejaban pasar tranquilamente al guía para capturar a los demás. Pero también algunos iban solos; trabajaban de peones empedrando las calles del pueblo durante el día (ganando 20 pesetas de sueldo) y cuando terminaban el agotador trabajo a pleno sol, salían en busca de una carga de 30 Kg de café a Sobral o Ficalho, para conseguir un duro por cada Kg de café (mucho más de lo que ganaban durante un mes de trabajo) y regresar a las dos o tres de la madrugada, descansar un poco los pies para, a continuación, y a primeras horas de la mañana, continuar trabajando en las calles.

Dado el auge de la demanda, el café fue subiendo de precio. El Kg, crudo y puesto en Rosal, era de 14 pesetas, y el tostado, en torno a las 20 pesetas. Cuando empezaron a embolsarlo, en Portugal se compraba a 16 pesetas, aunque si las cantidades oscilaban entre 40 o 50 Kg., se lo ponían más barato.

Los contrabandistas, generalmente iban a «porte». Ir a porte significaba traer el café con una ganancia de cinco pesetas por cada kg. El dinero para comprarlo se lo daban aquellos que les hacían la encomienda o encargo. Después, el dueño podía contratar a ellos mismos o a otros, para que lo distribuyeran por otros pueblos. Por lo tanto, cuando las autoridades les quitaban el café, los contrabandistas no perdían nada (salvo su comisión) ya que como iban a porte, los que perdían el dinero eran los que los mandaban. Para ellos, ir a porte era más seguro, evitándose problemas económicos. Un anciano, al que la vida ha premiado tantos sacrificios y sinsabores, me relató: «Una vez, yendo por La Dehesilla en dirección a los molinos, me encontré con una cuadrilla de cuatro muchachos de Nerva que, según me aseguraron, no sabían cómo entrar en Ficalho. Después de charlar un rato, acordaron darme la ganancia de las mochilas, y me fui con ellos. Al regresar a los molinos, el que venía de jefe metió la mano en las sacas, comprobando que el café que habíamos traído era más grande de lo normal; un café que llamaban «de San Tomé», que nadie quería porque carecía de color y el sabor era distinto. Así que fuimos a devolverlo y, después, a comprar a Valdevargo, a casa de un tal Cabrera. Allí estuvimos tres días esperando a que nos trajeran el café desde Pías. Cuando tuvimos

las mochilas cargadas, y dado que nuestras tripas parecían flautas, el jefe de la expedición entregó dinero a Cabrera para que comprara pan y queso para comer durante el camino, pero estuvimos esperando hasta la cinco de la tarde, extrañados por su tardanza. Así que, como yo conocía el pueblo, salí y pregunté por Cabrera, recibiendo la contestación que el tal se encontraba en el Casino «La Española», comiéndose un borrego. Desconcertado, regresé a su casa y, al momento apareció el sinvergüenza, diciéndonos que nos marcháramos de allí, ya que los guardinhas nos habían descubierto y él no quería problema alguno; aconsejándonos que escondiéramos las mochilas en un rincón del corral y volviéramos después por ellas. Pero yo, conocedor de las triquiñuelas de los portugueses desde que tenía 15 años, le contesté que no, que las mochilas nos las llevábamos con nosotros. Ante la cara de pánico de mis compañeros, les pregunté si no tenían navaja y bastón cada uno de ellos. Dijeron que sí. Pues, respondí yo, si nos hacen frente les pegamos un bastonazo o navajazo y salimos corriendo. Saltamos la tapia del corral y, cuando íbamos por el Camino de las Pitas, nos topamos con el pueblo entero que aguardaba para cogernos. Quedamos como petrificados. Armándome de valor, pregunté qué era lo que ocurría. Un señor se acercó y nos dijo que él era el alcalde y que estábamos prisioneros. Nos quitaron las mochilas y nos encerraron en la casa del alcalde, ya que en Portugal se podía improvisar prisiones en cualquier casa. Desde allí, encañonados con escopetas, nos llevaron a la cárcel de Aldea Nova, donde permanecemos dos días, en espera de ser trasladados a Pías. En este espacio de tiempo, un guardinha se ofreció a darnos un vaso de café, pidiendo que alguien lo acompañara al casino para ayudarlo. Yo me ofrecí. Al llegar al Café Marou me encontré al retratista de Aldea Nova, al que conocía muchísimo, ya que en múltiples ocasiones le había comprado sardinas y huevos en cantidades de 1400 o 1500 casi diariamente. Al verme, me preguntó qué me pasaba, y se lo conté. Entonces, él le dijo al guardinha que no nos comprara nada de comer, que como yo era casi familiar suyo, nos llevaría el almuerzo a la cárcel. Y así hizo. Mientras nos daba la comida, nos contó que había oído que nos trasladaban a la cárcel de Serpa, pero que no intentáramos escapar, porque uno de los guardinhas era yerno suyo y ya habían acordado que, en un determinado lugar del camino, nos dejarían huir, dando tiros al aire para justificarse, mientras nosotros desaparecíamos. Al oírlo, quedamos tranquilos y no intentamos escapar de allí, pero cual no sería nuestra sorpresa cuando, al día siguiente, se presentó un camión para transportarnos a Serpa. El canalla retratista nos había

engañado, para quedarse con un reloj de oro que llevaba uno de mis compañeros, y que vendió, según llegué a enterarme, por 17,000 pesetas de aquellos tiempos. En la cárcel de Serpa estuvimos encerrados durante 11 meses y 18 días. Desde allí, una vez libres, nos vinimos al pueblo, donde encontré al jefe de policía quién me preguntó por lo que había pasado y, sobre todo, por los cuatro muchachos. Me confesé con él, derrotado como estaba. Yo sabía que, una vez en España, tenía que cumplir 15 días más en la cárcel de Huelva, pero él, compadecido por mi situación personal y familiar, dejó que mis compañeros marcharan a Nerva y a mí me dejó en paz, pero bajo juramento de no salir del pueblo «.

La situación del contrabandista se ponía cada vez más difícil y, a pesar de las vanas justificaciones, tanto los guardias civiles como los guardinhas, disparaban a matar. Además, aquellos que eran sorprendidos con dos kilos de café, no eran encerrados en la prisión local si no que eran trasladados directamente a la cárcel de Huelva, por lo que muchas viudas que, a consecuencia de su actividad contrabandista, permanecían hasta seis meses en la prisión provincial, se veían obligadas a dejar a sus hijos pequeños desamparados y a merced de la buena voluntad de algunas familias que quisieran socorrerlos durante su ausencia. Era patético contemplar a los niños quietos, llorando en medio de la plaza, viendo como se llevaban a sus madres en el Correo, esposadas como criminales, sin comprender por qué ni cuándo regresarían. 20 Kg de café significaba más de dos años de cárcel y, si les encontraban dinero encima, la situación se agravaba considerablemente por delito en contrabando de divisas. Y era normal que llevaran dinero, puesto que el cambio del escudo equivalía a 2'70 pesetas y, como los portugueses despreciaban la moneda española, tenían que cambiar en el mercado negro, normalmente en las tiendas, donde el cambio no solía beneficiarles. No llevar papeles, salvoconducto, significaba 15 días en la cárcel de Huelva.

«Una noche (me contó otro de mis confidentes) oscura como las entrañas de algunas personas, llovía a cántaros. Nuestra cuadrilla salió desde las casas del matadero y, cuando llegamos al Alto del Mirlo, se desató una tormenta; parecía que el cielo se nos caía encima. Al llegar a Monte Picón, como no se veía absolutamente nada, a punto estuvimos de desnocarnos contra un carro que habían dejado allí; pese a todo, continuamos atravesando las tupidas cortinas de lluvia. Cuando, a duras penas llegamos hasta la «raya», que nosotros llamábamos El Alcornoque, no po-

díamos continuar, dada la fuerza de la tormenta. Entonces, se me ocurrió quitarme la faja negra que siempre llevaba, y que medía unos cuatro metros, agarrándonos a ella para no separarnos ni perdernos... Íbamos como ciegos... pero gracias a la faja, ninguno de nosotros nos caímos en el regajo que con tantísima velocidad y cauce corría... Así llegamos a Sobral; cargamos y volvimos, aún lloviendo, a casa. Y fue triste, porque después de tantos sufrimientos y penalidades, de tantas precauciones por burlar a guardias y guardinhas, de jugarnos la vida... llegaron a mi casa los guardias civiles, posiblemente como consecuencia de un chivatazo, de un «cante», y la registraron hasta encontrar las mochilas y requisarme el café que con tanto esfuerzo había traído Y, encima, la cárcel y la separación de mi familia...»

Los guardias civiles tenían una especie de estímulo económico, ya que Hacienda les hacía un buen regalo por cada 100 Kg. de café requisados; regalo que solía consistir, por lo general, en un premio en metálico. Pero los rosaleños, escarmentados de tantos registros, se buscaron los lugares más inverosímiles para esconder las mochilas. Así, construyeron «secretos» de ladrillos debajo del suelo de la chimenea, cuya losa encajaba perfectamente hasta el punto de poder encender fuego, sin que las mochilas se quemaran. También se construían en otros lugares de la casa, como en el pollo de los cántaros, con una capacidad para 40 kg. Y debajo de la cama. Y entre las piedras de los tapiales... Era el temor a los registros, a perder el pan de sus hijos y el fruto que, con tantos sudores y penalidades, habían ganado.

Pero donde se producían con más frecuencia la requisición, los engaños y el robo descarado eran en los pueblos portugueses, ya que no tenían posibilidades de salir airosos si no se enfrentaban a ellos con el más puro coraje y el más encarnizado desprecio a la vida. Cada vez que cruzaban la frontera para cargar en un cortijo o una casa (ellos decían «ir a una casa a arreglar») no sabían con qué peligros se iban a encontrar y si regresarían a sus respectivos hogares. Como ejemplo, dos de las mil anécdotas que me han contado: «Ocurría, que los mismos comerciantes a los que comprábamos, llamaban a los guardinhas para que nos quitaran las mochilas. Entraban en el cuartelillo y les decían «mirad que en mi casa hay cuatro o cinco españoles y van a salir cargados de café. Podéis ponerlos en tal sitio, que es por donde van a pasar». Así, nos sorprendían sin posibilidad de poder escapar; arrojábamos las mochilas y salíamos corriendo para salvar la vida o

salvarnos de la cárcel que, según el distrito al que perteneciera el pueblo, estaba en Moura o Serpa. Aunque, si la carga no era importante, permanecíamos unos días en la prisión del mismo pueblo y después nos soltaban, con las tripas reventadas por el «berrinche».

«Una noche, en una casa de Sobra, nos entregaron las mochilas ya preparadas. Al notar su peso (ya estábamos acostumbrados a ser «balanzas») sospeché escamado, y dije que no habíamos contado el café, que nosotros íbamos a porte y no nos agradaría que nos faltaran algunos kilos. El comerciante se mostró ofendido, asegurándonos que todo estaba en regla. Pero cuando llegamos a Rosal, comprobamos que nos faltaban unos cuantos kilos a cada uno. A las dos o tres noches volvimos, y al echarle en cara que nos había faltado café, el comerciante lo negó rotundamente, por lo que uno de mis compañeros, en un gesto impulsivo de cabreo, saltó sobre él y le puso una navaja al cuello, jurando que lo degollaba. El portugués comenzó a llorar, balbuceando que se había visto obligado a hacer un pequeño «recorte» porque las cosas le iban mal... pero que no nos preocupáramos que, al día siguiente, nos entregaría los kilos que nos habían faltado. Cuando salimos de su casa, mi compañero me comentó que él no volvía por allí, porque estaba seguro que nos tendrían a los guardinhas esperándonos. Yo me resistía a perder un solo kilo sin intentar recuperarlo. Así, que volví; pero al estar cerca, vi que salía humo de entre unos chaparros, comprobando que había dos guardinhas fumando. Regresé a Rosal y, al día siguiente, me enteré que el bandido nos tenía dieciséis guardinhas esperándonos. Así que nunca volvimos a pisar aquella casa».

Pero, por cada revés que sufrían, los contrabandistas rosaleños ingeniabán nuevas estrategias para burlar los contratiempos. Cuando tenían que saltar los tapiales de las cercas o lindes e incluso cruzar la frontera por caminos, lo hacían de espaldas, para que los pasos no les delataran, hasta que encontraban pastos y las huellas desaparecían. También con las bestias de carga empleaban el mismo proceso, ya fueran burros, mulos o caballos; les cambiaban las herraduras para que diera la impresión que se dirigían en dirección contraria; cuando llegaban a los pastos, volvían a herrarlos correctamente. Casi siempre iban por el campo, entre jaras y malezas, pero cuando crecía el Barranco de la Abuharda, el Barranco de Ficalho o el de la Aduana, pasaban por la orilla de la carretera, casi al lado de los guardias, pero si los descubrían, los tiros silbaban por encima de las cabezas. Así mismo, comenzaron a llevar «sobrecargas», consistentes en unas mochilas

más pequeñas, con pocos kilos, sobre las auténticas mochilas en las que transportaban unos 30kg, para, en caso de encontrarse acorralados, arrojar la sobrecarga y despistar a sus perseguidores.

«A mí me gustaba el contrabando. Me enseñó mi madre, cuando sólo tenía 12 años (me contó un rosaleño, lleno de nostalgia). En Valdevaro abundaba la mala gente, gente sin entrañas. Algunos particulares se ponían ropas de guardinhas, dedicándose a robar la carga a los españoles, en complot con los que les vendían el café, los cuales les daban toda clase de explicaciones y detalles sobre el camino a seguir y la hora de partida. Una noche, cuando cruzaba un trigal con mi cuadrilla, nos asaltaron. Pegaron unos cuantos tiros de escopetas, provocando la estampida, ya que nosotros no nos íbamos a detener en pensar si eran escopetas o fusiles con los que nos disparaban. Mis compañeros arrojaron las sobrecargas e incluso las mochilas, para escapar con más agilidad, pero yo caí en un pozo que estaba a ras del suelo y, afortunadamente, con poca agua; allí esperé a que todo terminara. Los oía reírse, mientras yo, entre dientes, me cagaba en toda su ascendencia y descendencia. Cuando salí, agarrándome a las piedras, me quité la mochila, que contenía 35 Kg. de café y la escondí entre las ramas de una encina. Regresé a casa, con ojos en todo el cuerpo, para no toparme con aquella banda de malnacidos. No me atrevía a volver, pensando que alguien habría encontrado mi mochila, por lo que, con toda seguridad, la daba por perdida. Pero, al cabo de una semana, volví al sitio y la encontré. Allí estaba. Al recogerla disparé al aire veinte cortes de mangas».

Los rosaleños no llegaban a comprender la actitud de algunos comerciantes portugueses, ya que con los engaños y encerronas, mataban a la «gallina de los huevos de oro», puesto que si ellos ganaban 5 pesetas por cada kilo de café, para los portugueses era una fuente segura de ingresos, ya que ellos se ganaban 2 escudos por kilo. Tanto era sí, que una inmensa mayoría estaba deseando que cualquier español se pusiera en contacto con ellos para venderle la mercancía.

Pero como el miedo es padre de inventos y osadías, los contrabandistas rosaleños agudizaban cada vez más su ingenio, llegando a enseñar a los perros para que les avisaran cuando la guardia civil se encontraba cerca. Cogían ropas viejas de guardias civiles, capote incluido, y pegaban sin compasión a los animales durante dos semanas, hasta el punto que los perros, al oler las ropas de los guardias civiles, comenzaban a ladrar y, más que

ladrar, a llorar, aullando de pánico. Igual hacían con las bestias de carga, las cuales, al oler las ropas, corrían desbocadas.

«Una noche, (me contó uno de estos asombrosos contrabandistas) veníamos de Ficalho por la sierra; habíamos partido por una trocha, donde actualmente hay un bar junto a la parada del autobús portugués, que aún se conserva, y sale por encima de la aduana portuguesa, a doscientos metros, hasta la Fuente de Recantón. Desde allí subimos a la sierra y, ya en Rosal, por el alto de los depósitos del agua, oímos los ladridos de mi perra, comprendiendo que muy cerca de nosotros había guardias civiles. Entonces, con mucho sigilo, amparándonos entre los chaparros, llegamos hasta la cerca de piedra del molino, situado en uno de los puntos más altos de la población. Desde allí, de corral en corral, llegamos hasta la cocina de un hombre que siempre la dejaba abierta para nosotros, donde escondimos las mochilas, tras cerrarla con llave. La colaboración del pueblo era total, ya que, de algún modo, todos estábamos en el ajo y sabíamos que los guardias disparaban sin pensárselo, por lo que, para entrar en el pueblo, cambiábamos de itinerario; aunque, también hay que reconocerlo, había vecinos envidiosos que, por pura envidia y sólo por causar daño, enviaban anónimos a los guardias, dándoles pelos y señales sobre nuestras cargas y rutas. Pues bien, como eran casi la una y media de la madrugada y aún estaba la gente en los casinos, en los cuales se llevaban jugando a las cartas hasta muy tarde, dado que no había otros entretenimientos, nos separamos. Mi compañero se fue silbando alegremente, y yo cantando, dando la impresión que veníamos de uno de los casinos; llegué a casa, haciendo todo el ruido posible al abrir la puerta, dejando las luces encendidas... Una pareja que pasaba, comentó con desprecio «habría que hacer algo contra estos borrachos»... Y se tragó el anzuelo».

Los contrabandistas rosaleños, aunque disponían de un amplio abanico de pueblos portugueses donde comprar el café, sentían preferencia por algunos cortijos situados cerca de Sobral o Ficalho. Casi todos iban al cortijo de la señora Estrella, aunque en realidad su nombre era Carolina; Estrella era su hermana. Carolina era la reina de los contrabandistas; la adoraban por su gran humanidad, generosidad, comprensión y valentía. «Se parecía a nosotros, de valiente» (decían). También la señora Julia, española casada con un portugués, y madre de Estrella y Carolina, gozaba del aprecio y cariño de todos los españoles contrabandistas y, sobre todo, de los rosaleños.

«Una noche, al llegar al cortijo, la señora nos dijo que el café había subido de precio (me contó uno de aquellos héroes). Nosotros, como íbamos a porte, no nos atrevíamos a comprarlo más caro y, además, llevábamos el dinero justo para la compra prevista. La señora no se molestó y dijo que lo consultáramos al día siguiente y, como tenía por costumbre, nos sirvió una taza de café caliente y unas rebanadas de pan. Mientras lo bebíamos, comenzamos a contar chistes y a reírnos, pero un compañero sintió ruido fuera y, creyendo que se trataba de algún otro rosaleño, riendo como estaba se acercó a la puerta y la abrió, tropezándose con un fusil que le apuntaba al pecho. Él, reaccionó dando un fuerte portazo, cerrando puerta con tranca y cerrojo. Nos quedamos todos consternados, con la taza entre las manos y la boca llena, ya que llevábamos el dinero encima (unas 800 pesetas por cabeza) y era lo peor que podía ocurrirnos. La señora, pidiéndonos calma, nos recogió el dinero y, metiéndoselo en el seno, mandó abrir la puerta. Los guardinhas entraron, preguntándonos qué hacíamos allí, a lo que contestamos que íbamos en busca de una encomienda y que nos habíamos detenido en el cortijo para tomar un buche de café. Uno de los guardinhas se acercó a mí y dijo que mis ropas olían a café; discutimos y, finalmente, nos dijo que tenían que llevarnos presos. Nos resignamos; pero yo pedí permiso para orinar fuera, junto al pajar que había en la puerta, siempre encañonado por el fusil... Pero no me importó. Salí corriendo y me interné en un naranjal que me puso la cara como un Cristo, sin importarme los disparos... Al día siguiente, los otros compañeros me contaron que el marido de la señora sacó unos papeles demostrando que era primo hermano del teniente de los guardinhas, que él nada tenía que ver con nosotros y que sólo nos había dado una taza de café y un trozo de pan, que con sus sospechas les estaban involucrando con el contrabando y no lo permitiría, ya que su primo tendría noticias de lo ocurrido aquella noche y que verían qué resultaba de todo aquello. Los guardinhas se disculparon, cachearon a mis compañeros y, con nuevas disculpas decidieron llevarlos hasta el pueblo; una vez allí, los dejarían en libertad, e incluso los acompañarían hasta la frontera. Y así lo hicieron».

Los contrabandistas rosaleños habían aprendido cómo burlar a los guardias y, aunque la mayoría de las veces cruzaban la sierra, a campo traviesa, tenían rutas que, en cierto modo, les daban seguridad. Así, pasaban cerca del cuartel de Pereriñas porque sabían que los guardias, confiados, dormían o les estarían esperando en la Junta, en el Callejón o en la finca de Pedro Machado... Salían de Ficalho por la trocha de la aduana,

hasta la Fuente de Recantón; por detrás del campo de fútbol, hacia los Molinos del Guerra; por detrás del cementerio, por un lugar llamado «Los almendritos», hasta la ermita de Ntra. Sra. Das Pazes, hasta llegar a los molinos y salir por la Atalaya, rivera arriba; también, al llegar a Las Pazes, daban un rodeo hasta llegar a la Fuente de Campanito y la Dehesilla hacia abajo... Cruzaban cercas y, antes de llegar a la aduana portuguesa, saltaban por el Barranco de la Abuharda y, desde allí, hasta la fábrica de Valencia... Pero siempre con el miedo a los guardias y a las alimañas... Una de las mujeres entrevistadas, me contó cómo una noche la persiguieron los lobos y, para alejarlos, mientras el corazón se le salía por la boca, se quitó el mantón, aquellos mantones negros de flecos, arrastrándolo por el suelo. Los lobos, era la segunda pesadilla para todo contrabandista, ya fuera hombre o mujer, ya que, a veces, al cruzar un barranco o viniendo de Sobral, por Cabezas Altas, se los encontraban bebiendo agua o aguardándoles y, entonces...»pies para qué os quiero». A continuación, dos anécdotas que me contaron al respecto: «Una noche de verano, estando en la Cuitada de Sobral (le llamaban cuitada porque era el barrio de los cuitadinhos, de los desgraciados, situado en la margen izquierda del barranco) al salir de la casa de mi proveedor oí un tiroteo que parecía una batalla. Sin mirar hacia atrás, corrí desesperadamente por el Camino de la Vía para salir a la Quintina... La trocha estaba bien, pero las manchas de jaras llegaban casi a las copas de los árboles. La luna daba tanta luz que parecía de día. De pronto, casi me topo con unos ojos penetrantes que, amparados en la sombra de una encina, me miraban fijos, sin moverse. Creí que se trataba de un perro, sentado sobre sus patas traseras, que estaría guardando un rebaño. Cuando estuve a muy pocos metros de él, me paré al comprobar que se trataba de un lobo. Sus ojos eran los más bonitos que jamás he visto, pero también los más fríos. Saqué la navaja e hice ruidos, pero no se movió. Así que eché manos de la linterna que siempre llevaba para cualquier emergencia, y al enfocararlo, salió huyendo junto a otros que estaban entre las jaras... En total eran unos ocho... El sudor me corría por todo el cuerpo... Si hubiera intentado escapar, me habrían devorado».

«Una noche, viniendo de Sobral, y en un lugar llamado Ollas Hondas, en la finca de Pedro Machado, cerca del Barranco de las Cañas, nos detuvimos, un compañero y yo, porque desde allí, tras descansar y fumar nos un cigarro, nos pegábamos a las tapias del cementerio de Rosal hasta llegar al corral de Jacinto Corona, que tenía un enorme pajar y allí nos quedábamos, enterrados en pajas, hasta que pasaran los posibles peligros y

regresar a casa. Pues bien, mi compañero se empeñó en adelantarse, sin mochila, para comprobar si había por allí algún guardia civil agazapado. Yo me quedé solo, con las mochilas, intentando, mientras fumaba, contar las estrellas del cielo... Cosas de muchacho... De pronto, mi compañero apareció corriendo, avisándome que le perseguía un guardia. Agarré las mochilas y comenzamos a correr sin seguir una determinada dirección, pero cuanto más corríamos, más cerca lo teníamos. Tras saltar el Barranco de las Tamuas y meternos en la Umbría de Toquero, nos dimos cuenta de que, en realidad, lo que nos perseguía era un mulo. Al final, nos reímos. Las cosas del miedo... No nos imponían las luminarias del cementerio, los fuegos fatuos, pues cuando los nichos no están, bien sellados, salen constantemente gases luminosos y, en cambio, cualquier bulto no identificado entre las encinas, nos hacía temblar como jaras verdes...»

Pero los sufrimientos, el penoso trabajo, el cansancio... no terminaban en el trayecto de Portugal a Rosal o viceversa. A veces, transportaban la carga a otros pueblos limítrofes como Aroche, Cortegana, Aracena, El Campillo, Valverde, Cueva de la Mora, Minas de Riotinto... pero sobre todo al Cerro del Andévalo, incluso desde el mismo Portugal, llevando una carga de 40 Kg de café a cuesta, pasando por las minas de San Telmo, escondidos de día y caminando de noche, con las alpargatas rotas y los pies sangrando... En una ocasión, se le ocurrió a una cuadrilla de rosaleños, llevar café a Gerena, en la provincia de Sevilla; tardaron ocho días caminando (sólo de noche) y otros ocho días para regresar. Cuando llegaron a Rosal traían los pies destrozados..., por lo que tuvieron que permanecer más de una semana en cama, sin poderse mover...

Pero por mucho que los hombres padecieran, más sufrían las mujeres. Eran como madres omnipotentes de una tragedia griega. Mujeres con coraje, con más agallas que muchos hombres. La actitud de estas mujeres contrabandistas de Rosal era admirable, pues con el marido muerto, enfermo o preso, cargadas de hijos y bocas hambrientas, sin tiempo para descansar, sin dormir una sola noche en su cama, se jugaban la vida (desafiándola con altanería y fiereza) por alimentar a sus hijos... y, a veces, como premio, sufrían el ultraje y la violación, en contra de su voluntad o cediendo al chantaje, ya que si no consentían, se las llevaba a la cárcel y sus niños quedarían desvalidos... Aunque, según me atestiguaron, otras lo hacían por gusto, pues se acostumbraron a otorgar favores sexuales a cambio de que las dejaran traer, sin problemas, café y otros alimentos con los que

ganarse la vida y mantener a su familia; incluso, conseguían que algunas mochilas, que quitaban a otras o a otros, se las entregaran a ellas. Pero en general, las que eran ultrajadas por los guardinhas, porque no tenían escapatoria posible, quedando incluso embarazadas, consentían, impotentes y con los dientes trinchados, la canalla violación. Uno de los contrabandistas, me contó al respecto: «Una noche íbamos nuestra cuadrilla a Sobral. Era Domingo de Resurrección, cuando los portugueses salen al campo cantando aleluyas con campanillos. Para evitar tropiezos con los guardias, tomamos un camino que llaman Herturas, que está bastante retirado del pueblo, pero que nos daba más confianza. Entonces, oímos un escándalo de voces y súplicas de socorro y auxilio, voces de mujeres españolas. Nos asomamos desde lo alto de un lomero y vimos a un grupo de dieciocho o veinte muchachos portugueses, de edades comprendidas entre los 11 y los 14 años, liados con dos españolas, haciéndoles horrores, hasta el punto de tenerlas completamente desnudas. Sin pensarlo, salimos corriendo en su ayuda y, al vernos, huyeron los violadores. Y las salvamos. La verdad, si no hubiéramos llegado a tiempo, no sé lo que les hubieran pasados a aquellas dos pobres criaturas».

Algunas mujeres preferían ir en parejas, evitando los grupos donde fueran jovencitas guapas, sonrientes y dadas a las bromas, aún sabiendo que en parejas estaban más indefensas. Y es que, a pesar de la libido, los guardinhas se vengaban en las mujeres porque no podían con los hombres, a pesar que éstas sólo solían portar 6 ó 7 Kg de café. Aunque, como ya he dicho, las había con más valor que algunos hombres y pasaban clandestinamente lo que tuvieran que pasar, ya que tenían el valor suficiente, o estaban tan desesperadas, como para plantar cara a la mismísima muerte y al arresto, mujeres con «huevos», que iban a campo traviesa sin importarles tormentas, tiros, alimañas, oscuridades o la amenaza de la violación. En determinadas ocasiones iban en la misma cuadrilla que los hombres y, si las apresaban, eran encerrados todos juntos, recibiendo el mismo trato que ellos. Otras veces, ayudaban, junto con los hijos, a su marido en las tareas de ocultación. Así me lo contó uno de los protagonistas de aquellos tiempos: «Solía venir de Portugal, con todo el peso del calor, y encima, una mochila con 45 Kg. de café, siguiendo la Majá del Lobo, cerca del Perero, para llegar al Barranco de María Francisca y seguir toda la rivera del Chanza, hacia abajo. Allí me aguardaban mi mujer y mis hijos, lavando ropas sobre las piedras. Me acercaba, los besaba, les metía el café en los cestos, entre las ropas mojadas y me volvía en busca de otra carga, casi sin descan-

sar... Mi mujer y mis hijos, los pobres, se las tenían que ingeniar para que no les descubrieran el café...».

Algunas cuadrillas de hombres solían llevar a dos mujeres delante, sin carga, con el dinero en el seno, por temor a las trampas; si veían a los guardias, ellas avisaban riéndose o cantando. También se dirigían al lugar donde los hombres estaban escondidos, casi siempre en un cortijo deshabitado donde, por temor a ser descubiertos, no encendían ni candela; y ellas, todo coraje, encendían el fuego y les preparaban la comida. «Si os cogen, decían, al menos que llevéis el estómago lleno». Incluso muchas de ellas, sobre todo las que iban solas, llevaban una linterna porque, a pesar de que era muy peligroso encenderla, más peligrosos eran algunos caminos, llenos de barrancos y lobos.

Algunas niñas, con casi recién cumplidos los 12 años, como se habían acostumbrado a cruzar la frontera para mendigar, se sentían «adultas» para dedicarse al estraperlo, llevando, incluso, a otras compañeras menores que ellas. Así me lo relató una de las señoras entrevistadas: «Yo tenía 12 años cuando fui por vez primera; me acompañaba mi hermana, que era más pequeña que yo... Nos fuimos por el monte, llevando 7 duros (35 pesetas) para comprar cualquier cosa... Pasamos mucho miedo; todas las matas nos parecían guardias. Al cruzar por la Atalaya, entre vacas mansas, una de ellas tendría «la mosca» y nos embistió; casi sin darnos cuenta, nos encontramos subidas en un chaparro, mientras la vaca escarbaba la tierra junto al tronco. Allí permanecimos hasta que llegó el encargado y se la llevó. Nos bajamos del árbol llorando. Nunca olvidaré nuestro bautizo como contrabandistas».

Algunas de las más respetadas y admiradas contrabandistas rosaleñas, en principio comenzaron a ir a Sobral y Ficalho, pero como estaba mal visto que las mujeres fueran a esos pueblos, por los numerosos casos de violaciones, cambiaron de ruta, dirigiéndose a Santo Alexo. No compraban en las tiendas; tenían sus contactos en casas particulares y allí entregaban lo que les habían encargado, recogiendo artículos alimenticios como harina, legumbres, café, huevos... «Mi madre (me contó la hija de una mujer maravillosa) tenía un carácter muy fuerte y cariñoso a la vez, ganándose el respeto y el cariño de todos los que la conocían, hasta el punto de que se ganó la simpatía de una familia portuguesa, muy rica, que según mi madre, bordaba con hilos de oro... Nunca tuvo problemas gra-

ves; donde iba siempre era bien recibida. Algunos veranos, cuando cruzaba los trigales, en compañía de una amiga, los portugueses las saludaban con admiración; no decían «son las españolas», como normalmente solían decir, si no «son Isabel y Dolores. Buenas personas». Mi madre siempre traía algo a la vista, por si llegaban a quitárselo, pero lo más importante lo traía en el cuerpo; pero, como siempre estaba por esos caminos, ella sabía que algún día no tendría escapatoria. Lo tenía asumido. Además, los guardinhas también tenían que justificarse ante sus superiores y no podían hacer siempre «la vista gorda», porque de todos era conocido que Rosal de la Frontera vivía del contrabando. Normalmente iba al anochecer y volvía de madrugada; con el dinero que traía volvía a comprar mercancías y regresaba a Portugal, siempre con miedo de que la cogieran, porque entonces, al quitarles los artículos, la desdicha y la desgracia eran totales... Pero, lo que es la vida. Con tantísimas cosas que había pasado, una y otra vez, un día la detuvieron con dos docenas de huevos y se la llevaron a la cárcel de Moura, permaneciendo allí durante dos días. Pero era tal su carisma y personalidad, que al enterarse de que al día siguiente la soltaban, pidió al carcelero, por amor a Dios, la dejara salir aquella misma madrugada, puesto que sus hijos la estarían esperando con impaciencia e inquietud. Los guardinhas se compadecieron y la dejaron libre, pero antes, sus compañeras de celda, reunieron varios trozos de pan y se lo dieron. Corrió como el viento y, como su casa no se cerraba nunca, cuando llegó, mis hermanos y yo la aguardábamos medio adormilados. Casi no nos dio tiempo a abrazarla, porque se puso a preparar café y unas tostadas para todos... Bueno, lo de las tostadas no pudo ser, porque los trozos de pan iban de mano en mano, sin dar tiempo a que reposaran sobre la mesa. No quedó ni una miga, y a mi madre se la veía la mujer más feliz del mundo».

La mujer contrabandista rosaleña era una extraña pero maravillosa contradicción: madre cariñosa e invencible guerrera; débil criatura y pura energía entre riscos y trochas; víctima y vencedora de calamidades e infortunios... Así me lo contó una de esas admirables señoras: «Aunque estaba embarazada, y la barriga me llegaba a la boca, no podía permitirme el lujo de quedarme de brazos cruzados en casa; así que, me fui a «contrabandistear» por la oscuridad del monte, pero llegando a la «raya», me sentí muy mal, dudando si continuar o volverme, ya que la criatura que llevaba en mi vientre estaba a punto de nacer. Pero seguí adelante. Entré en Ficalho, vendí los encargos, compré y volví por la sierra... Tuve que descansar varias veces, arropada bajo el mantón, porque parecía que me

faltaba la vida. Era el mes de Enero y el frío me helada las manos y la cara. A duras penas llegué al pueblo, vendí todo cuanto traía, entré en mi casa, descansé un poco, lavé y dormí a mi niña de año y medio, me lavé yo y, cuando me iba a acostar, vino mi hijo al mundo. Si me descuido, nace en Portugal o... por los caminos».

Son testimonios que hieren y zarandean la sensibilidad más impene-trable. Otro ejemplo: «Como mi niña era muy pequeña y no podía dejarla en casa sola (tenía poco más de un año) la llevaba conmigo, abiertas de piernas sobre el cuadril; una cesta grande sobre la cabeza, y en la otra mano una talega. Así, cargada como una mula, iba por la sierra... Una noche nos sorprendió una tormenta, la más grande que he visto en mi vida, con unos relámpagos y truenos que hacían temblar al más valiente... Con la luz de los fusilazos vislumbramos un cortijo y hacia allí nos encami-namos, luchando contra las ráfagas de agua y viento. Yo llevaba a mi niña liada en el mantón y sufría más por ella que por mí y toda la familia. Pero como el cortijo estaba casi en ruinas, decidimos volver a Rosal, pero al cruzar un barranco que bajaba muy crecido, dos mujeres fueron arrastra-das, perdiendo cuanto llevaban consigo. Yo sujeté con fuerzas a mi niña. El cielo se agujereó más y vomitó, con todas las fuerzas del infierno, una carga de granizos. Nos abrazamos las unas a las otras llorando, creyéndonos sin salvación posible, cuando la tormenta pasó. Entonces, olvidándonos de todo, decidimos continuar hacia Portugal y efectuar las compras».

Este coraje de las rosaleñas, queda rubricado en la siguiente confi-dencia: «Una noche nos pillaron en Ficalho. Veníamos cargadas de gar-banzos, azúcar, harina, café... y, encima de todo, traíamos trozos de pan para dar la impresión que habíamos estado pidiendo limosnas. Nos encerraron en la cárcel, donde ya había otras españolas. Temblábamos. Pero como en la prisión había una camilla, pedí una navaja, me subí a la mesa e hice un agujero entre las cañas del techo y, metiendo las manos, quité las tejas. Así que les dije a las otras que yo me escapaba, puesto que conocía a una portuguesa que había vivido en Rosal, en cuya casa aguardaría el amanecer. Me siguieron todas. Como gatos íbamos por los tejados de las casas, pero al llegar a la de la portuguesa conocida, me dí cuenta que la pared no era tan baja como creía... La única forma de bajar era arrojarlos al esterquero que había al final de la calle, donde los vecinos vaciaban los cubillos de orines y excrementos y demás desperdicios... La mierda nos llegó al cuello. Cuando pudimos salir de aquel atolladero, dado el olor desagradable que

llevábamos, no podíamos ir a casa de nadie; así que nos vinimos a mi casa, calentamos agua y, en un barreño grande de cinc, nos lavamos unas a otras, mientras en otro cubo hervíamos las ropas, cuyo olor no podía ser más pestilente».

Pero no sólo se dedicaban a pasar una y otra vez la «raya». Su envidiable valor hacía que se atrevieran a viajar en el Correo, autobús que era el único medio de transporte público de comunicación de Rosal, hasta Aroche, con harina y café; a Cortegana, con harina, café, cebada, afrecho... a Aracena, con todos los artículos posibles... Y a su regreso, traían piezas de tela, cerámicas... Partían en el autobús de las cinco y media de la madrugada y regresaban a la una y media de la tarde; en el de las tres de la tarde, eran ayudadas por sus hijos pequeños, los cuales, con el pretexto de besarlas, se subían al Correo, sacaban el café de sus mochilas escolares y se lo entregaban a sus madres, que ya habían sido registradas. El presente suceso me lo contó una señora que, desgraciadamente, murió: «Mi situación era desesperada. Estaba cargada de niños y mi marido, de tanta cárcel, se encontraba enfermo en el hospital de Aracena. Así que, aprovechando que iba a verlo, me llevaba café y me traía de todo... Un día, una de mis niñas se empeñó en acompañarme, porque quería ver a su padre. Nos montamos en el Correo con tan mala suerte, que un sargento de la guardia civil se sentó a mi lado. Se me mudó el color de la cara porque, forrada como iba de café, el sonido me descubriría. Pero mi niña, dándose cuenta de la situación, no dejaba de moverse, intentando sentarse entre el guardia y yo, rechazando mis rodillas. «Esta niña no se está quieta... No debí traerla conmigo; pero como quería ver a su padre...», exclamé simulando enfado y contrariedad, «No se preocupe Vd. , respondió el sargento, los críos son todos iguales...». Y mi niña me salvó de la cárcel».

Fue un tiempo difícil, en el que los rosaleños, encontraron en el estraperlo el único medio de subsistencia. No robaron ni mataron ni hicieron daño alguno ni fueron contra la salud de inocentes... Sólo intentaron vivir y ayudar a vivir a los suyos, quitándoles hambre y miserias, a costa de arriesgar sus propias vidas y pagar, con padecimientos de huesos, circulatorios y pulmonares, el triunfo de tan meritorio sacrificio.